

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Hño I

DIRECCIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Madrid, 10 de Enero de 1892

ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.

Núm. 2.º

Este periódico se publica todos los domingos, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.

CRÓNICA

¡Deliciosa entrada de año! Los alemanes y los rusos se mueren de hambre; los italianos y los belgas fallecen víctimas del *dengue*, y en España tenemos, según afirman personas competentemente autorizadas, hambre y *dengue* á un mismo tiempo: de manera que no podemos quejarnos de la parte que nos ha correspondido en este repartimiento de bienandanzas.

Alemania y Rusia mantienen ahora en pie de guerra formidables ejércitos, armados, como el vulgo dice, hasta los dientes; no sé si para combatir el hambre á cañonazos, ó si para aumentar sus desastrosos efectos; Italia y Bélgica tienen talleres, en los que ha sido preciso paralizar los trabajos por enfermedad de gran mayoría de operarios; los españoles, ni tenemos por la presente grandes ejércitos, ni puesto que los tuviésemos tendríamos armamento que darles, ni poseemos talleres en qué emplear á los millares de obreros que están sin trabajo; es decir, que tampoco por este lado podemos envidiar á las demás naciones del continente viejo.

No soy de los que creen—y menos aún de los que propalan sin creerlo—que el Gobierno es culpable siempre de cuantos males agobian á un país; sí, cuando la salud pública es excelente, no lo atribuyo á que se hallen en el poder tales ó cuales políticos; cuando las cosechas son poco abundantes, no me ocurre que pueda haber responsabilidad en tal desgracia al partido que, á la sazón, rige los destinos del país; pero asentado esto, en prueba de imparcialidad, no se me vaya á negar ahora el derecho á pensar que á las autoridades compete, ya que no evitar estos daños, prevenirlos oportunamente y remediar en mucha parte sus efectos tristísimos.

¿Que cómo se hace eso? No lo sé, ni tengo obligación de saberlo. Pues si yo lo supiese, en vez de estar escribiendo esta Crónica para ESPAÑA Y AMÉRICA, debería estar desempeñando la Presidencia del Consejo de Ministros. Es más, aun en la desatinada hipótesis de que hubiese yo dado con la solución del problema, de nada me serviría exponerla aquí—sitio el menos adecuado para exposiciones de esa índole,—porque el Gobierno miraría con desdén olímpico mi descubrimiento. Pero no, no estamos en ese caso por ahora; yo no sé cómo se remediarán los muchísimos males que nos afligen, y los muchos más que, si las señales no mienten, nos afligirán dentro de poco; sólo sé, y sobre esto sí que tengo certeza absoluta, que no se remediarán con *Aranceles* como los publicados en la *Gaceta* en los primeros días del año, ni con proyectos como los que el Gobierno parece dispuesto á presentar á las Cortes, cuyas tareas han de reanudarse dentro de pocos días.

Bien será advertir que por hoy, y en buena hora lo diga, no es cosa averiguada que el *dengue* se halle efectivamente en España; hay quien dice que no ha venido todavía, y no falta quien jura y perjura que no vendrá ya, y que si nos visita será por muy poco tiempo y con benignidad relativa. ¿Por qué dicen que sí, los unos? ¿Por qué dicen que no, los otros? Allá ellos. No tengo razón alguna para decidirme en pro ni en contra, y por lo tanto, me abstengo de votar. En último resultado yo he de morirme alguna vez, y no es posible que me muera más de una; y para este paso tanto monta que haya *dengue* como que no lo haya.

Y lo que digo del *dengue*, ó del *trancazo*, ó de la *influenza*, que con todos estos nombres suele ser conocida la enfermedad á que me refiero, puede también decirse de los proyectos del Gobierno conservador; todavía no son conocidos; se habla de ellos, se anuncia algo sobre su espíritu, se sospecha y se vislumbra un poco de

sus tendencias generales; pero nada más.... Es posible que eso de aumentar el descuento á los empleados resulte al fin y á la postre una falsa alarma.

La verdad es que el anuncio de ese descuento gradual había caído en las oficinas del Estado como una bomba; los sueldos de nuestros empleados son ciertamente mezquinos, con relación á las exigencias de la vida moderna; es exacto que el trabajo suele ser poco, y que aun ese poco suele no hacerse (estoy hablando en general, y salvo, por supuesto, las excepciones); pero de todas maneras con el sueldo de la gran mayoría de nuestros funcionarios públicos no hay para atender decorosamente á las más perentorias necesidades de la existencia; si de esa mezquina retribución, ya mermada por un descuento, se restase todavía un segundo descuento, las dificultades de la vida se harían insuperables.

Pero, lo repito, sobre esto no hay nada decidido aún, y es posible que el Gobierno, si es que ha pensado en ello alguna vez, desista de su propósito.

De lo que no desistirá seguramente será de buscar el modo de acrecer los ingresos, y éste sí que va ser el *quid* de la dificultad, porque los ingresos habrán de salir de los bolsillos del contribuyente, y el contribuyente tiene ya los bolsillos vacíos.

Para alivio de penas, ese arancel de mis pecados, ese arancel que han querido nombrar algunos de *defensa*, y al que denominan otros, más atinadamente á mi juicio, *Los impuestos del hambre*, sobre causar la ruina de nuestro comercio de exportación, encarecerá inevitablemente artículos de primera necesidad, de esos que en España consumen los pobres—que solamente de oídas conocen la carne—y acerca de esto sí que no caben dudas, ni esperanzas porque el arancel está publicado.

Véase si tenía yo razón ó no la tenía para comenzar mis melancólicas reflexiones con esta exclamación: ¡Deliciosa entrada de año!

Amagados por cruel epidemia; pendiente sobre nosotros la amenaza de nuevos tributos; vislumbando en lejanía carestías en los artículos de comer, beber y arder; temiendo, con fundados motivos, la muerte de nuestras industrias y la paralización de nuestro comercio.... así nos encuentra el año de gracia de 1892.

A bien que en estos días los liberales se mueven mucho, y bullen, se agitan, y van y vienen, y vuelven y tornan.... No sé yo si esas idas y venidas, y esas vueltas y revueltas serán de alguna utilidad; pero ¡ay!, me figuro que no son ellos los llamados á conjurar el conflicto que se nos echa encima y que estamos en el caso de esperar que.... ¡de Dios nos venga el remedio!

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LA RENDICIÓN DE BREDA

VULGARMENTE «LAS LANZAS»

CUADRO DE VELÁZQUEZ

(Conclusión.)

Otro, que se ve de frente, en segundo término, asomando la cara larga y estrecha, de gesto muy militar y muy español, es D. Carlos Coloma, jefe de la infantería; de esa infantería cuya pintura hace el capitán Alonso Ladrón en la siguiente octava, que tomamos de la misma comedia de nuestro gran dramaturgo:

Estos son españoles. Ahora puedo hablar encareciendo estos soldados y sin temor, pues sufren á pie quieto con un semblante, bien ó mal pagados; nunca la sombra vil vieron del miedo, y aunque soberbios son, son reportados; todo lo sufren en cualquier asalto; sólo no sufren que les hablen alto.

Al lado de Spínola está su caballo, volviendo al espectador el anca, y junto á su cuello un soldado vestido de gris, con ancha valona, chambergo de pluma blanca y botu atezada, que pasa por retrato de Velázquez, dado que tuviera el pintor el capricho de incluirse entre guerreros, con los cuales no estuvo, quizá sólo por la afición que pudo cobrar al preclaro general que los mandaba en jefe, cuando en el año 1639 tuvo ocasión de conocerle y tratarle, navegando con él desde Barcelona á Italia.

En el pelotón del fondo, donde se ven mosquetes, lanzas y banderas, debemos figurarnos reunidos soldados de todas las naciones que militaron bajo el mando del marqués Ambrosio de Spínola, españoles, borgoñones, valones, italianos, etc. En la escolta de Justino de Nassau se ve menos gente: debe suponerse que los mosqueteros y piqueros holandeses y alemanes formaron numeroso grupo, aunque sólo contamos en él unas siete ú ocho cabezas, con unos pocos soldados de cuerpo entero que ocupan el primer término, admirablemente plantados. Por encima de un soldado joven, vestido de blanco, asoma su cabeza el hermoso caballo careto del gobernador.—Por entre los dos principales grupos de derecha é izquierda, se abre paso la vista á la dilatada campiña, en la cual se divisan el campamento y el ejército sitiador; más lejos, la plaza de Breda con sus muros y torres, sus trincheras y demás obras de defensa; las líneas de ataque, y el campo con bosque, fuegos, pantanos, veredas, y el cielo manchado de humo, nieblas y nubes.

La magia de este lienzo es indescriptible: sin contrastes violentos de luz y sombra, los grupos, las figuras todas tienen bulto, vida, movimiento: el aire circula por entre unos y otros cuerpos, y no se sabe qué admirar más, si la concepción enérgica del asunto, ó su ejecución. Pertenece la obra al segundo estilo del autor, seguro y definido, en que todos los objetos se hallan perfectamente caracterizados, y todos los accesorios se marcan y distinguen con claridad, sin que sea preciso, como en los cuadros de su último estilo, tomar distancia para que vaya por grados la realidad saliendo del caos de las magistrales pinceladas.

No se sabe de fijo en qué año pintó Velázquez este cuadro: lo único que cabe afirmar es que debió ejecutarlo dentro del período de su vuelta á Roma en 1631 y su segundo viaje á Italia en 1648. Lo pintó para el salón de Comedias del Palacio del Buen Retiro, donde estaba también colocado otro del mismo asunto, debido al pincel de José Leonardo; pues para celebrar el ruidoso acontecimiento de la expugnación de Breda, no omitió Felipe IV medio alguno, ni manifestación de ningún género, ya artística, ya literaria, ya religiosa. Cuadros, dramas, funciones de Iglesia, solemnizaron el fausto suceso.—Permaneció el lienzo en aquel Palacio hasta después de la muerte de Carlos II en 1700. Relatado la casa de Borbón, fué trasladado al Palacio Nuevo, donde decoró la *Antecámara de la Infanta*.—De cuantas reproducciones en estampa se han hecho de él, las más notables son: la de F. Decraene, en la *Colección litográfica* de D. José de Madrazo, y la ejecutada en estos últimos años al agua fuerte por D. Bartolomé Maura, por encargo del Ministerio de Fomento.

La *Rendición de Breda* es una de las principales joyas que hoy encierra el Museo del Prado.

PEDRO DE MADRAZO.

UN HUMANISTA REVOLUCIONARIO

Cuanto más se estudia, y con mayor reflexión, la historia, se observa que todos los movimientos del espíritu humano convergen á un punto, y que todos los grandes ingenios desaguan, como los

ríos, en el océano de una inmensa idea. Difícilmente podría comprenderse la Reforma sin comprender el Renacimiento alemán; y difícilmente podría comprenderse el Renacimiento alemán sin estudiar al hombre que lo personifica, sin estudiar a Erasmo. Toda la Reforma alemana se personifica en una sola figura y se conoce con un solo nombre; se personifica en la figura de Lutero y se conoce con el nombre de luteranismo; todo el Renacimiento alemán se conoce y se personifica en el nombre de Erasmo. Este escritor, tipo perfecto del literato, mejor dicho, del humanista, intenta hacer en aquella crítica segunda mitad del siglo XV, lo que Savonarola por los impulsos del corazón y los arrebatos de la elocuencia; lo que Lutero por los impulsos del entendimiento y los golpes de la dialéctica; una revolución religiosa o por lo menos una reforma profunda en el mundo eclesiástico de la edad media. Pero hay una gran diferencia entre el gran literato y los dos profetas; la diferencia que hay entre la inspiración y el juicio, la diferencia que hay entre la pasión y la crítica. Erasmo sabe más, sin duda alguna, que los dos juntos; Erasmo mide mejor toda la transcendencia de las ideas; Erasmo traza con exactitud el límite en donde deben detenerse las innovaciones; Erasmo combate sin piedad todo lo que cree error y defiende con perspicacia todo lo que cree verdad; pero no tiene el poder y el influjo de los otros, no transforma una sociedad, no funda una religión, no da su nombre a un sistema, no brilla como un alma de primera magnitud en los horizontes del tiempo, no deja estelas indelebiles en los senos del espacio; porque no sabe aborrecer y amar, no sabe padecer y morir, como aman y aborrecen los héroes, como padecen y mueren los mártires.

En realidad, es uno de esos hombres que ven el lado ridículo de todas las cosas, personifican la sátira, la ironía, el sarcasmo. Como hay en la química

ciertos ácidos corrosivos, hay en la literatura ciertos ingenios corrosivos también. Nadie tiene el poder destructor que ellos; porque nadie po-

see en su grado y en su intensidad los accesos de risa que, semejantes a las explosiones de los terremotos, derriban por tierra las aras, los altares y los ídolos. Nada tan divertido en apariencia como la sátira, nada en realidad tan siniestro. Yo tengo para mí que se parece en su torva alegría y en su fúnebre regocijo, cuando los labios se contraen con sarcásticas carcajadas, a la mueca ridícula del moribundo que no sabe sobrellevar el dolor y a la horrible sonrisa de una desdentada calavera. Podrán gozar mucho, podrán reír mucho, podrán merecer mucho los ingenios en quienes sobresalen por extremo las gracias de la burla; pero no son ni han sido nunca los ingenios que atraen, los ingenios que fanatizan, los ingenios que levantan los ánimos, que encienden las inteligencias, que avivan las pasiones. Ignoro cuál especie de relación misteriosa los liga con la muerte. Lo cierto es que se asemejan a esas máscaras cómicas puestas por los artistas antiguos en las tristes urnas funerarias. Así todos estos soberanos ingenios señalan la muerte de una sociedad gastada, y no el ardor de una nueva sociedad naciente. Cuando Aristófanes calumnia a Sócrates, y critica a Eurípides y maldice a Demóstenes, indica bien claramente que la liga del anfictionado sucumbe, que las ciudades helénicas caen, que la divina Grecia se muere. Cuando la sátira nace en Roma indica bien claramente que el mundo antiguo se acerca de prisa a la eternidad. Cuando el Boccaccio se ríe con carcajada tan franca, concluyen los tiempos religiosos de la edad media; y después, cuando se ríe Erasmo a fines del siglo XV, la edad media concluye por completo. Esas francas carcajadas son el llanto funeral de las edades históricas.

Pocos caracteres hay en los anales del mundo tan dignos de estudio como este carácter de Erasmo. Hijo de una falta, su madre lo engendró en deshonor y lo parió a hurtadillas. El blanco crespón que adornaba los picaportes de las casas de Holanda, donde las mujeres de honor tenían sus hijos de legítimo matrimonio, no pudo adornar, no, la misteriosa vivienda

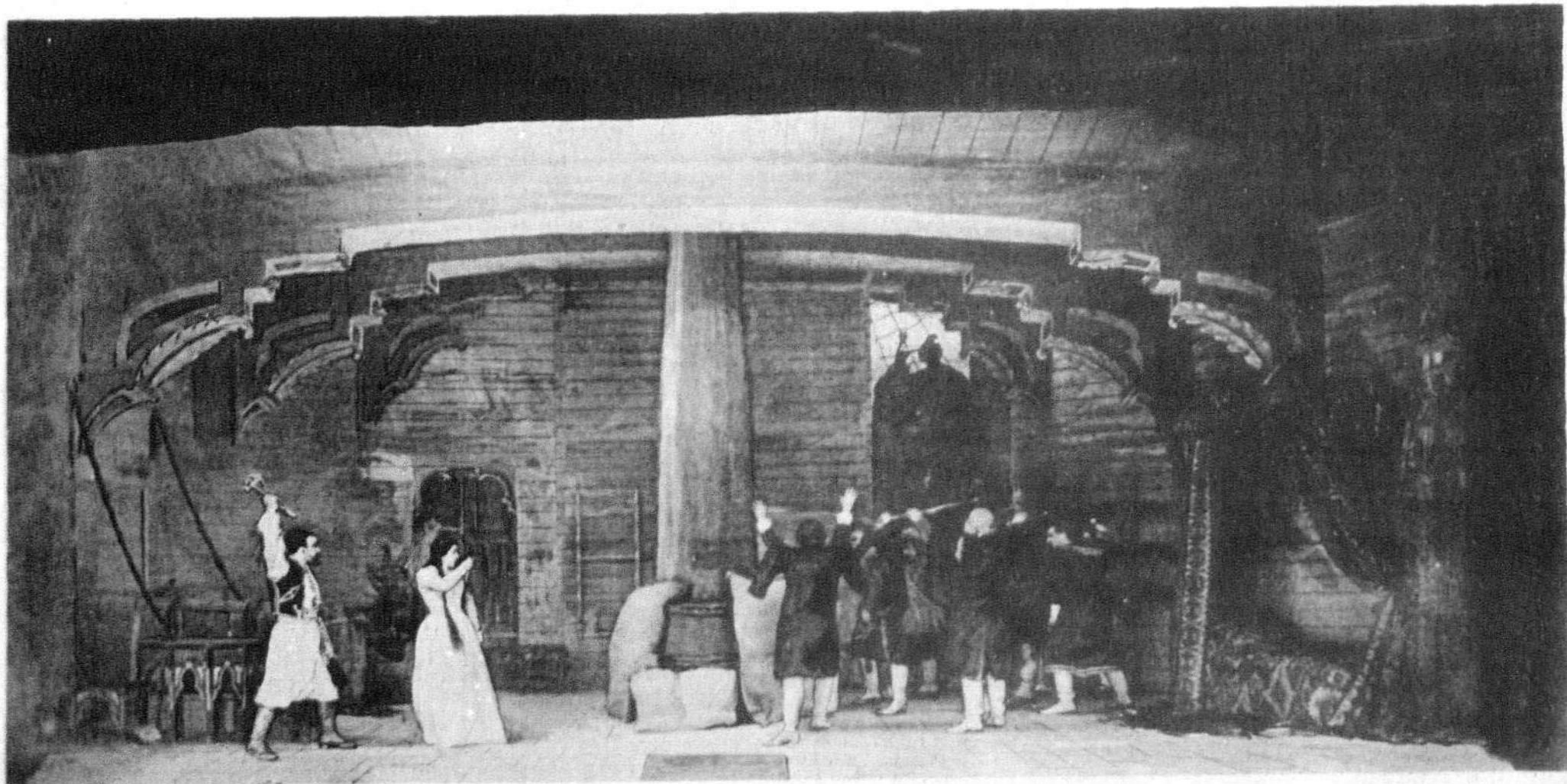
J. LAURENT Y C.^{ta}

Es propiedad.

EL CARDENAL PAYA, ARZOBISPO DE TOLEDO

† el 25 de Diciembre último en Toledo.

(Fotografía inalterable, impresa directamente del natural.)

J. LAURENT Y C.^{ta}

Es propiedad.

MAR Y CIELO: ÚLTIMO CUADRO DEL SEGUNDO ACTO DEL DRAMA DEL SR. GUIMERÁ

(Fotografía eléctrica por el Sr. Colón.)

en que nacía un engendro del deshonor y de la culpa. Con la procacidad propia de los escritores del Renacimiento, los adversarios del gran escritor echábanle en cara su bastardo origen; y con las riquezas literarias del tiempo defendía el infeliz á su madre, citando un verso de Virgilio, puesto en boca de Dido, la cual confesaba en su sinceridad su falta, pero diciendo en su descargo que la cometiera una sola vez. *Huic una forsam potui succumbere culpa.*

Pocos hombres han venido de menos fe, y á pocos por consiguiente podían molestarle más las tristes asperezas y los sacrificios indispensables en la vida monástica. Pero su tutor, testarudo y gruñón, poco deseoso de dar cuentas de su tutela, y empeñado en que la carrera de su pupilo fuese rápida, fácil, cómoda y provechosa, le recluyó, mal de su grado, en un monasterio, para el que no tenía ni afición ni aptitudes. Viendo á Lutero, vense los éxtasis místicos, las penitencias cenobíticas, las maceraciones terribles, los delirios magnéticos, por los días de su profesión y de su noviciado en el monasterio de los agustinos de Erfurt; y ahora vemos unas jaquecas provenientes de madrugadas sobradas tempranas, unas indigestiones provenientes de comidas demasiado saladas y compuestas de pescado más ó menos fresco; unas cuartanas cogidas en las huertas conventuales y propias para disgustar de la vida monástica y de las órdenes religiosas á un hombre de bronce, cuanto más á un vividor, como don, escéptico, dado á empujar el codo, incapaz de todo sacrificio y dispuesto á esclarecer é ilustrar al mundo sin conmovérlo ni asustarlo. Mientras Lutero tenía por cofrades de convento á hombres como Stanpitz, que á la continua le hablaban de Dios, de la gracia, del pecado original, de la predestinación, de la presciencia, del libre albedrío, de los problemas pavorosos que agitaban el alma humana en sus tiempos; Erasmo tenía por compañero al cantante Cantelio, quien después de haber recorrido Italia sin fortuna y sin provecho, habíase recluido para poder vivir en un monasterio, donde se convenía con su ilustre amigo de todas veras para maldecir los días de ayuno y á leer los versos de Terencio. Esta vida de forzado en el claustro contribuyó muchísimo á que maldijera Erasmo de los monjes y de las reglas monásticas, y cooperar en alto grado con sus maldiciones á extender y propagar las ideas capitales de la Reforma. Nadie después ha hablado con tanta gracia como él de aquellos conventos donde la grosería de los caracteres emulaba la ignorancia de los entendimientos, y cuyos habitantes se llamaban padres, porque naturalmente lo eran, y llamaban vírgenes á las monjas, cuando debieran llamarlas con más propiedad vírgenes y madres. Todas estas bromas escritas en latín, digno de tales tiempos clásicos, recorrían Europa, ganaban la atención de los magnates y de los reyes, y burla burlando, destruían los organismos naturales de la edad media y destruían las bases eternas de la Iglesia católica. Monje tan poco monástico debía salir de su monasterio, á lo cual contribuyó en mucho un obispo de Cambrai, mundano é inconsciente, que le invitó á formar parte de su casa, le recibió con verdadero agasajo, cansóse de él fácilmente y le dejó partirse sin pena y sin extrañeza. Del palacio episcopal de Cambrai, donde hombre tan grande no fué más que un pobre doméstico, pasó á un colegio de París, que resultó para él como galera de forzado; y desde el colegio de París pasó á casa de una marquesa rica, la cual gustaba mucho de las prendas intelectuales de Erasmo, pero mucho más de las prendas materiales de un su amante, muy bruto pero muy buen mozo, á quien sacrificaba toda su fortuna, y por quien mataba de hambre á toda su familia. Da pena, pues, ver á uno de los hombres superiores del Renacimiento, á uno de los llamados por las leyes providenciales del mundo á renovar el espíritu, doblegándose ante todos los potentados de la tierra, pidiéndoles dinero que muchas veces no le dan; y si por casualidad llegan á dárselo, se queda en mano de los administradores, de los intendentes, de tantos y tantos como rodean á los príncipes de este mundo y se fisgan de los cortesanos de todo género y con especialidad de esos cortesanos que ponen á los vulgares pies de la riqueza, de la fortuna ó de la fuerza, las esplendentes y casi divinas aureolas de la gloria, sólo concedidas á los privilegios del ingenio. Y este hombre débil, enfermizo, nervioso, sujeto como cualquier planta á los cambios de temperatura; medio epiléptico si truena; constipado si llueve ó nieva; apoplético en el verano; reumático en el invierno; con una enfermedad por día en la primavera; caviloso, aprensivo; necesitado de buena bebida y de buena carne; enemigo del gusto de los pescados y del olor de las chimeneas; viajando siempre y no teniendo medio de reposar en ningún albergue; blanco de todas las inclemencias del cielo; víctima de todas las calamidades sociales; robado mil veces por los ladrones en cuadrilla; mil veces afligido por los últimos representantes del feudalismo; puesto en su mala estrella entre frailes que regañan y soldados que juran, cuando há menester de una sociedad distinguida que le ayude á departir sobre los problemas de su tiempo y los estudios de la antigüedad griega y latina; en su estado, en su vocación, en su oficio, necesita dinero, mucho di-

nero, para la compra de manuscritos y libros, para la manutención de colaboradores y amigos, para las empresas literarias que han de renovar el mundo de la edad media y que han de traer una revolución indispensable. Hé aquí el instrumento de quien el progreso se sirve. Suprimidlo y habéis suprimido aquella grandiosa época. Mucho antes de que la síntesis venga, él plantea la antítesis; mucho antes de que venga la creencia nueva, él analiza y destruye y diseña la antigua. Su idea es tanto más corrosiva cuanto es menos apasionada. Su crítica es tanto más mortal cuanto es menos dogmática. De todas las cosas ve el lado ridículo, á todos los sistemas opone la negación lógica. Persigue á los monjes sin piedad, y no se cura de si el término de estas persecuciones llegará por fin á ser la destrucción de una creencia que ha consolado y dirigido á la humanidad por espacio de muchos siglos.

¡Qué implacable con los monjes! ¡Cómo se venga de cuanto le han hecho sufrir en sus mocedades y de cuanto han contrariado sus vocaciones! El hielo de su alma se torna fuego cuando entra en contacto con el monasterio. Para él, San Benito, Santo Domingo, San Francisco, han eclipsado á Cristo; y le han sustituido en el ara de los altares y en el amor de los fieles. Para él toda inmoralidad entra con careta ó sin careta, con disfraz ó sin disfraz, por las puertas de los conventos. Si hay frailes piadosos y honrados ¡qué inútiles! y los demás ¡qué plagas, tan devastadoras como la peste y como la guerra! Su conciencia corre parejas con su oratoria. Cada sermón empieza antes del primer día del mundo y concluye después del Juicio final. Las letras del nombre de Jesús serviránle de signos cabalísticos para horóscopos y brujerías. Las personas de la Trinidad Santísima serviránle de números para operaciones aritméticas y para fórmulas quírománticas. Buscarán las canales por donde el pecado de Adán se ha transmitido á sus descendientes; indagarán los días que estuvo Cristo en el vientre de su madre, pues por su naturaleza especial no ha debido tener una gestación tan larga como la que hemos tenido los demás mortales. Para hablar de la fe, disertarán sobre la cuadratura del círculo; para hablar de la caridad, sobre las fuentes del Nilo; para encarecer las virtudes de la Cruz, sobre los dragones de Babilonia; para alabar la eficacia de la penitencia, sobre los signos del zodiaco. Y cuando tenga que presentarse ante el Juez Supremo, para excusar sus pecados y conseguir la remisión de todos ellos, éste presentará su lengua paralizada por un silencio, forzoso en quien no tiene ni sentimientos ni ideas; aquél su garganta, enronquecida de entonar salmos continuos con el discernimiento con que cantan las cornejas y los cuquillos; el de mas allá los once lustros pasados en la misma celda, donde ha vivido como la esponja en su pedrusco; el de más acá los hipócritas guantes que han tocado el dinero prohibido al tacto de sus manos de carne; todos, las ceremonias practicadas sin reflexión y sin conocimiento, los ayunos interrumpidos por las indigestiones, la castidad adulterada por brutales é increíbles concupiscencias. Cuando de esta suerte se atacaba á los discípulos más inmediatos de Cristo, á sus milicias más ardientes, á las órdenes religiosas que constituían como el antemural de los Papas, ¿qué le quedaba por hacer á la Reforma? Reíase á mandíbulas batientes Erasmo, no sólo de los monasterios y sus reglas, sino también del culto de los santos; de que los fieles creyesen á San Antonio abogado de las caballerías, á San Roque de los pestilentes, á Santa Polonia de las muelas. Sin conmovérse mucho, porque no estaba la exaltación en su temperamento, revolvióse contra los que se acordaban de los santos y se olvidaban de Cristo, como si Cristo estuviese muerto, y contra los que tenían por un sacramento de origen divino la confesión auricular. Y cuando ya había dicho todo esto, para templarlo, porque los términos medios y las dulcificaciones calculadas estaban por completo en su temperamento, declaraba prestar grandes servicios á la religión, mostrando como, con la terciaria de un Benito, de un Agustín, de un Francisco, los monjes daban su vida al vientre, á la lujuria, á la ambición y á la codicia. ¿Podía decir más que esto la Reforma?

EMILIO CASTELAR.

(Se continuará.)

CONTRADICCIONES

I

Se halla con su amante, Rosa,
Á solas en un jardín,
Y ya su empresa amorosa
Iba tocando á su fin,
Cuando ella, entre la arboleda
Trasluce el grupo encantado
En que, en cisne transformado,
Ama Júpiter á Leda;
Y encendida de rubor,
Viendo el grupo repugnante,
Se alza, rechaza al amante,
Y exclama, huyendo: «¡Qué horror!»

II

Corrida del mal ejemplo,
Entra á rezar en un templo;
Mas al ver, Rosa, el ardor
Con que en el altar mayor
Una Virgen de Murillo
Besa á un niño encantador,
Volvió en su pecho sencillo
La llama á arder del amor.

III

¿Será una ley natural,
Como afirma no se quién,
Que por contraste fatal
Lleva un mal ejemplo al bien,
Y un ejemplo bueno al mal?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LO QUE DICEN LOS LIBROS

Quisiera que la humanidad hubiese hablado siempre un mismo idioma para leer cuanto han producido todos los tiempos y todos los pueblos.

Mi pasión por los libros me ha proporcionado días de inefables goces, pero también amarguras sin cuento.

Porque el libro, como la mujer, ama y aborrece, se entrega ó resiste, es fiel ó mudable, acaricia y engaña, hace reír ó llorar, y en ocasiones nos hace dormir profundamente.

En mi primera edad amé todo papel impreso, sin distinción de sexos ni jerarquías.

Algunas obras, las de literatura, correspondieron á mi entrañable afecto; con otras, como las de matemáticas, jamás llegamos á entendernos.

Mis relaciones amorosas con los libros, semejantes á las de Romeo y Julieta, las han envenenado también las discordias de muchos Capuletos y Montescos: primero, mis parientes, que ponían el grito en el cielo siempre que me encontraban con un libro en las manos; después, mis amigos, que nunca me dejaron pelar la pava tranquilamente en mis horas de estudio; y por último, las mujeres, cuya afición á la lectura no traspasa los límites del folletín.

En muchas ocasiones fué la desigualdad de fortuna la que me impidió poseer y gozar el objeto amado.

Como el célibe que, aburrido de las cuatro paredes de su casa, busca en la de un amigo la alegría y el calor que en la suya le faltan, así yo, en mis épocas de penuria, he recurrido á las bibliotecas de mis compañeros.

Eran estas lecturas, de libros ya conocidos, como renovación y recuerdo de antiguos amores, los cuales, después de tanto tiempo transcurrido, solían terminar en crueles desengaños ó en prosaicos bostezos.

¿Quién no ha visto á uno de tantos amantes como por esos mundos de Dios siguen haciendo *el oso* todavía, con la mirada fija en un punto y el alma en los ojos, inmóvil bajo un balcón, pasar largas horas en semejante actitud, lo mismo en los ardientes días del estío que en las nevadas noches del invierno!

Pues de igual modo han pasado para mí días y noches durante meses y años junto á los escaparates de las librerías.

Esta clase de espectáculos me ha cautivado, y me cautiva aún, mucho más que la contemplación de la naturaleza.

La luz del mechero de gas, reflejándose en las cubiertas de colores impresas á dos tintas, me atrae y da vértigos como si me asomara á un abismo.

La última edición de un libro antiguo es la vuelta de la primavera: florece de nuevo.

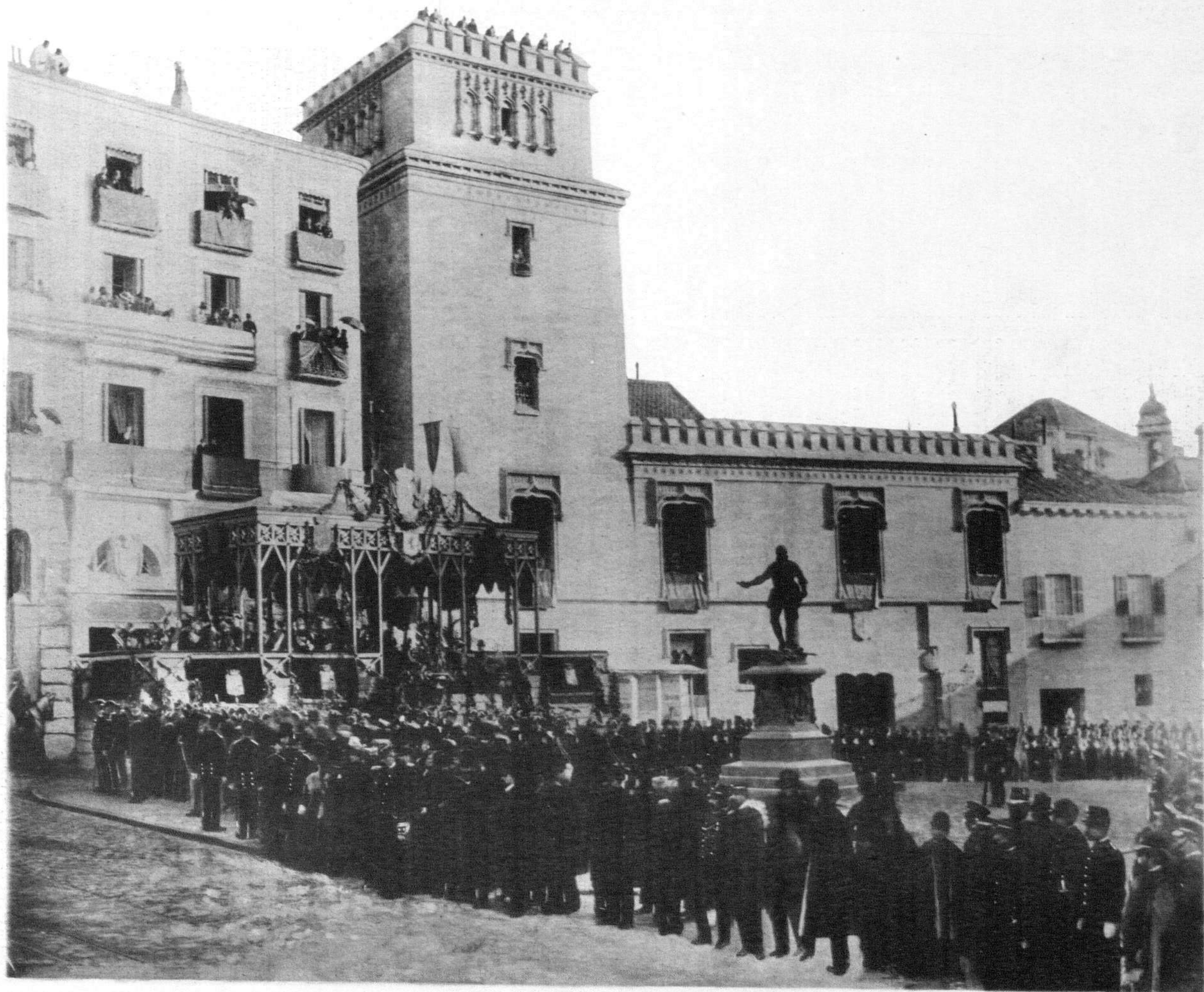
Ante las obras escritas en idiomas para mí desconocidos, suelo quedarme largo tiempo en éxtasis: son mis amores platónicos.

Cuando al través del cristal no alcanzo á leer un título ó un nombre, paso el suplicio de Tántalo: ¡una frase de amor perdida!

Obra nueva.—Este anuncio, colocado entre las páginas de un volumen, me produce efectos extraordinarios; los ojos se me agrandan, mi inteligencia se esclarece, los nervios me brincan, acciono y me agito sin moverme de un sitio, me froto las manos, abro la boca y me río como un tonto.

¡Obra nueva!... ¡Un libro más que leer!

No hay alegría comparable á esta alegría: cuanto me rodea desaparece ante mis ojos; nada existe

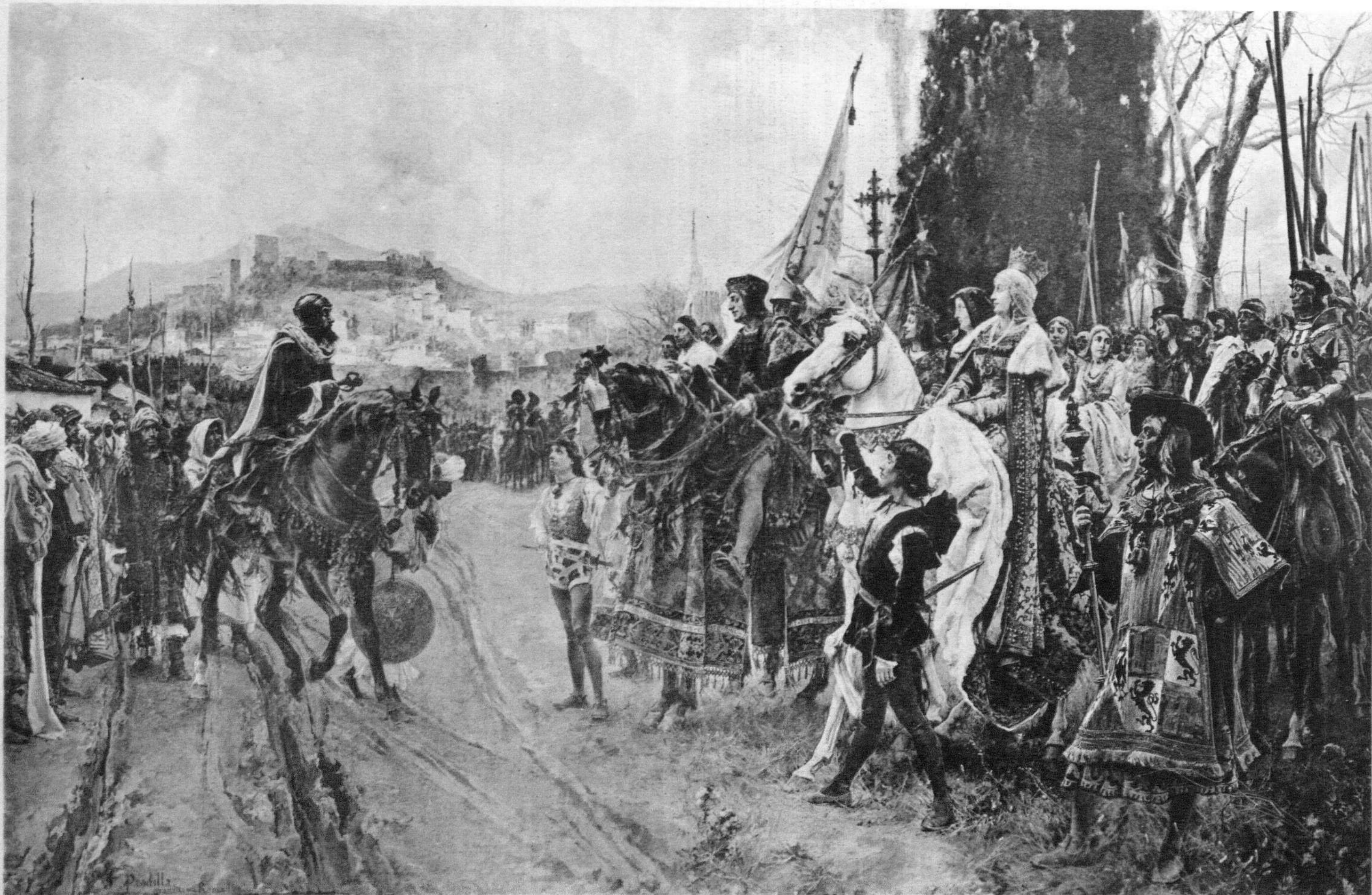


J. LAURENT Y C^ª

VISTA DE LA INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE D. ALVARO DE BAZÁN

(Fotografía instantánea por el Sr. J. Laurent y C.^ª, impresa directamente.)

Es propiedad.



J. LAURENT Y C.

LA RENDICIÓN DE GRANADA
(Cuadro de F. Pradilla; fotografía impresa directamente del mismo.)

ya para mí; todo se borra en mi mente; todo, menos esa obra nueva que se ofrece á mis miradas hermosa, provocativa y deslumbrante, como si el sol hubiera bajado á la tierra y se hubiese hecho libro.

El libro es hijo del papel y de la tinta.

¡La negrura de la tinta expresando la claridad de la inteligencia!.... Así, el mundo, debió salir del caos.

¡Los sentimientos del hombre confiados á la debilidad de un papel!.... ¡Quién duda de que el amor es heroico!

La imprenta es la Casa de la Moneda, donde se acuñan ideas; el periódico es la calderilla que facilita los cambios; un puñado de periódicos vale por un libro, y una librería es un capital que produce más interés que cualquier Banco.

Los puestos de libros viejos son las casas de préstamos de la literatura. ¡También los libros dan de comer al hambriento y de vestir al desnudo!

El libro, en las manos de un librero, es un esclavo; el comercio de libros me recuerda los mercados de mujeres en los pueblos orientales.

En manos inexpertas, el libro es un mártir; sería muy conveniente que á todos los niños, á la vez que se enseña á leer, se les enseñara á tratar bien los libros, de la misma suerte que se les educa, al propio tiempo que se les instruye.

Prestar un libro es ser cómplice de adulterio; el que los roba, efectúa un rapto; quien los vende, los prostituye.

El libro en el escaparate es una joya; envuelto en un papel, una mercancía; en el bolsillo, un recurso; sobre una mesa, un enfermo; en el suelo, un cadáver; en la estantería, una momia; y en la mano..... ¡ah! en la mano es verdaderamente libro.

Un libro antiguo infunde respeto; viejo, mueve á compasión; sucio, parece un apestado; roto, hace llorar; pero cuando está nuevo, se le ve sonreír rebotando salud, satisfacción y bondad.

Los libros, creados por el fuego de la inteligencia, antes que dejarles que perezcan á pedazos (cuyos pedazos quién sabe dónde irán á parar), convendría en su vejez entregarles al fuego de la naturaleza: es el único caso en que admito la cremación de cadáveres sin escrúpulo ni dificultad alguna; prefiero á Omar incendiando la biblioteca de Alejandría, á la imbecil ignorancia con que el tendero de la esquina envuelve sus especias con páginas inspiradas por el genio.

Quemarles sería un triple *fiat lux*: el de su creación, la que esparcieron en su vida y el de la hora de su muerte.

Un libro cerrado es una noche estrellada; cuando se le abre, amanece; el acto de cortar sus páginas tiene algo de alumbramiento; quien lo hojea, le acaricia, le besa; leerle, es orar; comprenderle, es fortalecer el espíritu.

El libro mal cosido es una persona ridículamente vestida; se parece á una mujer fea si se halla mal impreso; con erratas, es una hermosa tela apolillada y zurcida con hilos de otro color; con dobleces, semeja un hombre lisiado.

Cuanto más bellas condiciones tipográficas tiene, tanto más gana el texto; la letra clara y holgada da claridad á los pensamientos; nos habla en voz alta cuando los caracteres de imprenta son grandes, y muy bajito cuando son pequeños.

La cubierta de un libro es su fisonomía; su papel, lo que la ropa blanca á las mujeres, que cuanto más limpia y planchada, más seduce y enamora.

El cuerpo del libro es la margen; el alma, lo impreso; su edad, la paginación, y el título, su nombre.

Los libros grandes me inspiran tanto respeto, que les pondría en un atril como en un altar y leería sus conceptos con el sombrero en la mano.

El libro en rústica es para mis gustos el libro por excelencia.

El hospital de los libros es el taller del encuadernador.

Un libro en pergamino es un icterico; un volumen manuscrito, una flor de trapo; los de lujo constituyen la nobleza de la clase; los de texto..... apenas son libros.

Un libro encuadernado en pasta es un ser enterrado en vida; sus tapas son las losas del sepulcro, entre las cuales, y en letras doradas, se lee su epitafio.

No hay nada tan semejante á un cementerio como una estantería de libros empastados.

El libro en rústica es comunicativo y espontáneo: en donde quiera que se le deja ós sonríe, y por entre sus blancas márgenes enseña alguna palabra, alguna frase con la cual ós provoca y atrae, como si una gentil doncella, sonriendo, os mostrara el nacimiento de la pierna entre blanquitos encajes.

El libro en pasta, metido en sí mismo, se halla siempre cerrado á piedra y á lodo; sólo se ve su superficie compacta y dura; no tiene expresión propia; se parece á otros muchos; está eternamente vuelto de espaldas, lo desdena todo; y tienen, si la tienen, cara de pocos amigos.

Un libro en rústica es flexible, se adapta á vuestra mano y á vuestros movimientos nerviosos involuntarios é inconscientes; dijérase que las palabras están saltando del papel, que las hojas se vuelven por sí mismas, que desea agradaros y ser vuestro, siempre vuestro, hasta la última letra de su tinta.

Un libro en pasta se escurre de las manos, está siempre deseando escapar, y, al menor descuido, se cierra por sí solo y os deja con la palabra en la boca.

El libro en rústica es el libro de mis amores, mi amigo inseparable; me acompaña donde voy, unas veces en el bolsillo, otras en las manos, nunca debajo del brazo; duerme á mi lado, come á mi mesa, juntos hacemos visitas, y en la calle, como en casa, me cuenta todas sus impresiones.

Cicerón ha dicho: «Mi ideal es una biblioteca en un jardín.»

Por mi parte, ni aun idealmente puedo aspirar á tanto: el reuma protesta del jardín, pero jamás renunciaré á los libros.

Si por algo temo la muerte, es porque vendrá á interrumpir mis lecturas.

¡Cuántas obras se publicarán cuando yo no exista!

¡Qué buenas y grandes cosas se han de escribir que yo no he de leer!....

Esto me desespera.

¡Oh, mis queridos libros, savia de mi corazón, aliento de mi inteligencia, objeto y fin de mi voluntad!....

Que no me hablen de fortuna, de gloria, de posición social ni de vanos títulos; dadme libros, más libros, siempre libros, y seré dichoso.

Cuando la hora de mi muerte haya llegado y comience la agonía, no me digáis palabras de resignación y de esperanza, no lloréis; si me amáis, si queréis que muera feliz y que la eterna sombra se ilumine, abrid los diálogos del divino Platón, y con voz clara, vibrante y sonora, leed aquel en que *Phedon* cuenta la muerte de Sócrates, que en sus últimos momentos consoló é instruyó á sus discípulos hablándoles de la inmortalidad del alma.

VICENTE COLORADO.

EL ARBOLADO PÚBLICO

No hace muchos días, al tomar posesión de la presidencia del Municipio madrileño su nuevo Alcalde, el Sr. Bosch y Fustegueras, dijo en su discurso-programa que entre las principales reformas que se proponía realizar figuraban en primer término la cuestión de subsistencias, la de habitaciones para obreros y la del arbolado público.

Si las dos primeras son de capital interés para las clases media y pobre, que con exiguos sueldos tienen que atender á numerosas necesidades, la tercera importa por igual á pobres y á ricos, pues el fomento del arbolado se relaciona íntimamente con la salud pública por lo mucho que las grandes plantaciones contribuyen á normalizar el clima, haciendo desaparecer las enfermedades tenidas por endémicas en ciertas zonas, y preservándolas en gran parte de las llamadas epidémicas é infecciosas.

La utilidad de las plantas, desde cualquier punto de vista que se las considere, es incuestionable; á ellas debemos las casas que habitamos, la ropa que vestimos, y, directa ó indirectamente, constituyen nuestra alimentación de cada día.

Desempeñan todavía funciones más elevadas, regularizando la mayor parte de los fenómenos atmosféricos, pues, como dice Rauch, «las selvas, que forman el más bello ornamento de la naturaleza, son las que ejercen poderoso imperio sobre todos los meteoros acuosos, con los que tiene afinidades tan íntimas, que parece como que dependen de su existencia las relaciones que ligan al mundo vegetal con el reino animal».

En los países donde el arbolado no existe el agua desaparece, sin que ésta acuda jamás á hu-

medecer la tierra; en cambio las regiones cubiertas de bosques atraen y disuelven las nubes; lluvias normales y abundantes fertilizan los campos; fuentes y arroyos surgen por todas partes, y los ríos llevan la animación y la vida con el rumor de sus aguas.

Los árboles son sifones intermediarios entre el cielo y la tierra; sus extendidas ramas piden de lejos á las nubes vagabundas de la atmósfera que vengan á refrescar las verdes praderas y á fecundar los gérmenes del campo; y sus raíces absorbentes atraen por reciprocidad del seno de la tierra los fluidos superabundantes para devolverlos al espacio.

A los experimentos y observaciones de varios sabios debemos muchos y significativos datos que ilustran este importante asunto; según Haller, en el espacio de doce horas de un día caliente, un manzano enano absorbió ocho kilogramos de agua; y un árbol de veinte años, por la fuerza de succión de sus hojas, ramas y corteza, tomó de la atmósfera hasta veinticinco kilogramos del mismo líquido.

En cambio, véase el agua que devuelven al aire: por observaciones que verificó Haller, un girasol emitió un kilogramo de agua en veinticuatro horas, y según Schuber, en el mismo tiempo un árbol mediano exhala más de diez kilogramos, y de cada pie cuadrado de pradera se evaporan quinientos gramos.

Suprimir el arbolado es suprimir el agua; la Armenia, la Caldea y la Mesopotamia, grandes centros de población y de cultura en otros tiempos, son hoy estériles y abrasadores desiertos; ¿por qué? porque al destruir sus maravillosos jardines y al arrancar sus dilatados bosques perdieron su templada temperatura y sus fecundantes lluvias, y del Tigris (voz persa que significa flecha, por lo veloz que era su corriente) y del *Eufrates* (que quiere decir *el ancho*, por lo caudaloso) no resta más que el cenagoso cauce.

Cristóbal Colón dice en su *Diario de viaje*: «Las lluvias en la isla de la Madera, Canarias y Azores eran tan abundantes como en Jamaica; pero desde que se han cortado los árboles que daban sombra, son mucho más raras.»

«Destruir los bosques—dice Bexon—es secar el clima, empobrecer la agricultura, enervar el comercio, debilitar la industria y convertir un país fértil, dichoso y poblado en árida tierra, cuyos agotados jugos sólo habrán de alimentar á hombres débiles y á pueblos desgraciados.»

Donde desaparecen las plantas, desaparece también la regularidad de las lluvias, y éstas sólo se muestran de muy tarde en tarde, acompañadas siempre de terribles tempestades y de inundaciones tremendas.

Al decir de Becquerel, de la cantidad de agua que cae sobre un terreno cubierto de árboles se absorben las tres quintas partes, las otras dos quintas quedan sobre las hojas.

Otro de los efectos de la falta del arbolado es la impureza del aire, elemento tan necesario á la vida del hombre; en vez del embalsamado ambiente que producen las selvas, se extiende una atmósfera pestilencial, sofocante y enrarecida, como ocurre en el Asia Menor, que desde que fueron talados sus bosques la han invadido diferentes enfermedades contagiosas que diezman á sus miseros habitantes.

Catón, en su libro *La vida rústica*, dice: «Cuando queráis edificar, es preciso pensarlo mucho y muchas veces desistir de vuestra idea; pero tratándose de plantar, no os detengáis, hacedlo al instante y sin perder tiempo en vanas deliberaciones.»

El paso de un cuerpo sólido á líquido ó líquido á gas supone una absorción de calor; por las hojas de las plantas se evapora una gran cantidad de agua que produce un enfriamiento en el vegetal, el que á su vez refresca la atmósfera que le rodea; este descenso de temperatura produce corrientes parciales de aire que contribuyen á la condensación de los vapores que han de producir la lluvia; si en lugar de estar el suelo cubierto de vegetales fuera árido y seco, la radiación del calor produciría corrientes ascensionales, rápidas, que impedirían la formación de las nubes y el que éstas se aproximaran á la tierra.

De una obra publicada no há mucho por Ebermayer tomamos las siguientes conclusiones, resumen de muchos años de trabajos y de difíciles experiencias:

«La temperatura media anual del suelo es menos elevada en el bosque que fuera de él; la mayor diferencia se nota en primavera; en otoño esta diferencia disminuye y desaparece en invierno.»

«Los bosques moderan las variaciones en la temperatura; pero disminuyendo la máxima más bien que aumentando la mínima.»

«La influencia de los bosques en la temperatura del aire es menos pronunciada que en el suelo; durante el estío, siendo el aire de los bosques menos cálido, se advierte de día una corriente de aire desde los bosques á los lugares inmediatos; de noche el fenómeno se verifica en sentido inverso; la corriente se produce desde los lugares despoblados á los bosques.»

«La humedad relativa del bosque y la de fuera de él no es la misma; es mayor en el primero, cuyo aire es más frío; la influencia de los bos-



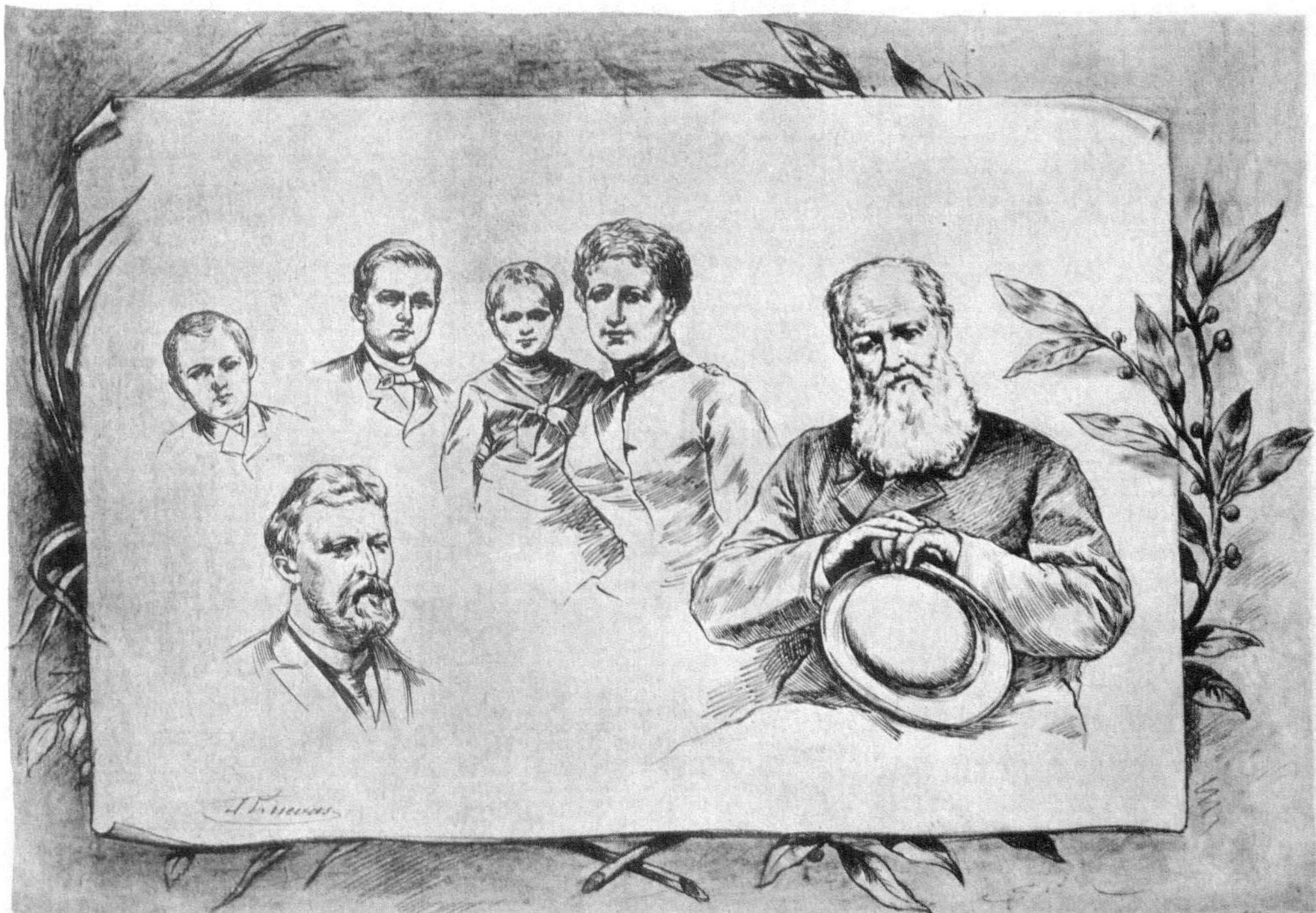
J. LAURENT Y C.^a

DON PEDRO ALCANTARA DE BRAGANZA

† el 5 de Diciembre en Paris.

(Dibujo del Sr. Manzano, impreso directamente.)

Es propiedad.



J. LAURENT Y C.^a

EL EX EMPERADOR DEL BRASIL DON PEDRO ALCANTARA DE BRAGANZA

LOS CONDES DE EU Y SUS HIJOS LOS PRÍNCIPES LUIS, PEDRO Y ANTONIO

(Dibujo del Sr. Cuevas, impreso directamente.)

© Biblioteca Nacional de España

Es propiedad.

ques sobre la humedad del aire es mayor en las montañas que en las llanuras.

«En verano, y de día, la temperatura del interior del tronco del árbol es tanto más baja, comparativamente a la del aire, cuanto más grueso es el tronco, y peor conductora del calor la corteza del mismo.»

El árbol no es sólo ornamento del campo, albergue del ave, encanto de los sentidos; es, además, el laboratorio donde se fabrica el cuerpo más precioso para la respiración (el oxígeno) y, consumiendo el ácido carbónico que exhalamos, purifica la atmósfera, librándonos así de gases moféticos y deletéreos; atrae la lluvia; da salubridad a las ciudades; es pararrayo que nos preserva de los peligros de las tormentas; de los árboles construimos nuestras viviendas, los buques que cruzan los mares, los muebles que sirven para nuestra comodidad y descanso, los vestidos con que burlamos los rigores del invierno, y a su savia debemos mil riquísimos frutos que, después de deleitarnos, vigorizan nuestro cuerpo y es sangre de nuestras venas.

DOCTOR SALCEDO.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

El Cardenal Payá.—Nuestros lectores tienen ya conocimiento, por la prensa diaria, del fallecimiento del sabio y virtuoso Prelado, Cardenal Arzobispo de Toledo, Sr. Payá, ocurrido en la imperial ciudad el día 25 de Diciembre último.

ESPAÑA Y AMÉRICA consagra un recuerdo a tan ilustre Prelado, publicando en sus columnas su fotografía, y recordando en breves líneas su modesta y laboriosa existencia.

Nació en Benetama, provincia de Alicante, el 20 de Diciembre de 1811, y desde muy joven demostró excepcionales dotes de inteligencia; estudió en la Universidad de Valencia, donde, años después, fué uno de sus más notables Profesores.

En 1858 fué elevado a la Sede de Cuenca, formó parte del Concilio Euménico, interviniendo en los debates sobre la definición de la infalibilidad del Sumo Pontífice, alcanzando un grandioso triunfo con sus discursos pronunciados en lengua latina, y llevando la convicción al ánimo de la mayoría, de tal suerte que, después de haberle oído, 75 padres renunciaron a intervenir en aquella solemne discusión.

En 1874 fué propuesto y preconizado Arzobispo de Compostela, y a la muerte del Excmo. Cardenal Moreno fué trasladado a la Silla Metropolitana de Toledo, primada de España, donde ha terminado sus días.

Descanse en paz el virtuoso prelado.

Mar y Cielo.—En el lugar correspondiente podrán ver nuestros lectores una escena, reproducida por la fotografía, de la preciosa tragedia del Sr. Guimerá, titulada *Mar y Cielo*.

Hemos elegido la situación final del acto segundo por ser entre todas la que, dada la situación dramática de la acción y la actitud de los personajes, reúne por su plasticidad todas las condiciones de un cuadro hermoso é interesante.

El pirata Said, capitán y dueño de la nave, acaba de ser vencido con toda su gente por los que hasta aquel momento eran sus cautivos y a cuyo frente figura D. Carlos.

Los sublevados cristianos, después de pasar a cuchillo a toda la tripulación mora, se dirigen a la cámara donde está Said para matarle; y hubieran logrado su objeto a no impedirlo Blanca, hija de D. Carlos, la cual, vencida por la generosidad que para con los suyos ha tenido el temible corsario, amenaza con quitarse la vida si no respetan la de Said.

Hé aquí la escena final en la que toman parte Blanca, Said, Ferrán, D. Carlos, Juan, Guillén, soldados del Rey de España y marineros catalanes.

Said ha subido tres escalones, y vuelve a bajarlos rápidamente al ver a los cristianos que llegan victoriosos.

BLANCA. ¡Ah!
D. CARLOS. (Desde arriba.)
¡Victoria por Dios!
FERRÁN. Nuestra es la nave.
SAID. (Por Said.) ¡Que muera!
SAID. ¡Oh, madre! ¡No! ¡Morir matando!
(Queriendo acometer a los que bajan.)
BLANCA. (Extendiendo los brazos delante de Said para defenderle.)
¡Vida por vida!
FERRÁN. (Queriendo apartarla.)
¡Tá!
D. CARLOS. (Yendo a herir a Said seguido de los soldados que bajan precipitadamente.)
¡Muera!
BLANCA. ¡Tocadle!
(A su padre, amenazándose a sí propia con el puñal y defendiendo a Said con el brazo libre. Grito de sorpresa en Ferrán y de desesperación en D. Carlos; los soldados bajan las armas y retroceden. Telón rápido.)

D. Alvaro de Bazán.—Este ilustre marino é insigne guerrero, gloria de España, nació en Granada el día 12 de Diciembre del año 1526.

A la edad de nueve años era Alcaide de Gibraltar; en 1542 tomó el hábito de Caballero de Santiago, y, poco después, fué nombrado Capitán General de las galeras y naves destinadas a guardar las costas de Granada.

Se halló en el famoso combate dado en las aguas de Galicia, donde fué vencida la escuadra francesa; más tarde cooperó a la conquista del Peñón de la Gómera, socorrió a los Caballeros de Malta y mandó la cuarta escuadra, compuesta de 30 galeras

en la celebrísima batalla de Lepanto, donde hizo prodigios de valor.

Estuvo en la conquista de Túnez, arrebató a los franceses las islas Terceras, y cuando se preparaba a salir contra Inglaterra al frente de la *Armada Invencible*, murió en Lisboa de una rápida enfermedad el día 9 de Febrero de 1588.

En premio de tantos y de tan relevantes servicios, S. M. el Rey D. Felipe II le concedió el título de Marqués de Santa Cruz con fecha de 12 de Octubre de 1569.

Durante su vida rindió 8 islas, 2 ciudades, 25 villas y 36 castillos fuertes; venció a 8 Capitanes Generales, 2 Maestres de campo y 60 señores y caballeros principales; prendió 4.753 soldados y marineros, 780 ingleses, 6.450 portugueses y 6.447 turcos y moros; apiesó 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y 7 caramozales; se hizo dueño de 1.814 piezas de artillería, y devolvió la libertad a 1.654 cautivos españoles.

Tal es, en breve compendio, la historia de ese héroe a quien la patria reconocida ha elevado una estatua en la Plaza de la Villa de esta Corte, estatua que con gran pompa y solemnidad se inauguró el día 19 del pasado mes de Diciembre.

Verificóse el acto en presencia de S. M. la Reina Regente, a quien acompañaba S. A. la Infanta Isabel, para las cuales el Municipio de Madrid había construido una elegante y hermosa tribuna; en los balcones de los edificios ostentábanse los colores nacionales en vistosas colgaduras; las tropas cubrieron la carrera; asistieron también los Sres. Presidente del Consejo de Ministros, Ministros de la Guerra y Marina con otros de sus compañeros, un zaguante del Real Cuerpo de Alabarderos y la música del mismo; soldados de infantería de Marina daban la guardia de honor a la estatua, y no muy lejos los batallones de Puerto Rico y Wad-Ras con sus banderas y músicas correspondientes.

A las dos y media en punto de la tarde descubrióse la estatua, y el actual Presidente del Congreso, Sr. Pidal, leyó con voz entera y sonora un elocuente discurso, encaminado a ensalzar las glorias de la madre patria y las altas hazañas de sus ilustres hijos.

El momento más culminante de tan majestuosa ceremonia lo podrán apreciar nuestros lectores en la ilustración que lo representa, y que expresamente tomamos para nuestro periódico por medio de la fotografía instantánea.

En cuanto al monumento, es obra digna del insigne y laureado escultor Sr. Benlliure, que ha reflejado en la actitud y en el gesto de la estatua el indomable carácter del gran Almirante español.

D. Alvaro de Bazán se halla de pie sobre un artístico trofeo formado por una bandera, cascos y varios emblemas turcos; en la diestra lleva el bastoncillo, símbolo de autoridad, y apoya la izquierda en el pomo de la espada.

El pedestal es de mármol gris, con delfines de bronce en las esquinas y anclas en los costados; al frente lleva, en letras también de bronce, la siguiente inscripción:

A D. Alvaro de Bazán.

La rendición de Granada.—El día 2 del presente mes de Enero, la ciudad de Granada ha conmemorado, con la solemnidad de costumbre, el aniversario de la ocupación de esta ciudad por los Reyes Católicos, con cuyo hecho terminó felizmente la gloriosa guerra de la Reconquista española.

Granada, que algunos hacen derivar de un vocablo árabe que significa *Curva de Nato*, y a la que sus antiguos moradores denominaron *Hinoroman*, que quiere decir *Castillo del Granada*, se hallaba por aquel entonces gobernada por el Monarca árabe Boabdil, vigésimo Rey de aquella hermosa y fecunda región.

En el momento en que los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, formalizaban el sitio de dicha plaza (1491), estaba ésta defendida por fuertes y formidables murallas, flanqueadas de 1.030 torres y una guarnición de 60.000 hombres, amén de sus habitantes, que ascendían a 400.000.

Tras reñidos y sangrientos combates, los sitiadores se apoderaron de las torres de la muralla, y fué al fin estipulada la capitulación mediante los siguientes extremos: «Entregar a los conquistadores, en el término de veinte días, los puertos, torreones, fortalezas, armas y caballos; conservando los rendidos sus haberes y sus ritos religiosos, y deslindándose los impuestos que debían pagar, siendo árbitros todos de vender sus bienes y alhajas y de retirarse al África ó adonde más les conviniese.»

El día 2 de Enero del año de gracia de 1492, los Reyes Católicos entraron en Granada al frente del ejército español, y ondeó en la ciudad el sagrado estandarte de la Cruz.

Llevaba la delantera el gran Cardenal D. Pedro González de Mendoza, acompañado del Comendador mayor de León D. Gutiérrez de Cárdenas y de otros Prelados, caballeros é hidalgos, con 3.000 infantes y alguna caballería.

Atravesó el Genil, y con arreglo al ceremonial acordado, subió la cuesta de los Molinos al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con 50 nobles moros, se presentó a pie ante el Purpurado, a quien dijo con triste acento:

—Id, señor, en buen hora, y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos Reyes a quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos, por sus merecimientos y por los pecados de los musulmanes.

Continuando a caballo la cuesta abajo, seguido de su servidumbre, llegó donde le esperaba el Rey Fernando, y habiendo hecho el moro demostración de querer apenarse y besarle la mano, el Rey cristiano se lo impidió; entonces Boabdil le presentó las llaves de la ciudad, diciéndole:

—Tuyos somos, Rey poderoso y ensalzado; éstas son, señor, las llaves de este paraíso; ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia.

D. Fernando le abrazó y consoló, diciéndole que en su amistad ganaría lo que la suerte de las armas le había quitado.

El Rey moro siguió su camino entristecido, y cerca de Armilla se encontró a la Reina Isabel, quien le restituyó su hijo con otros jóvenes nobles que tenía en rehenes.

Estas tres escenas, dice un eminente crítico y artista del que tomamos alguno de estos apuntes, las ha fundido en una

sola el laureado pintor D. Francisco Pradilla, representando el acto de la entrega de las llaves como asunto principal, del que los otros dos son meros episodios.

«Lo que más nos cautiva en este cuadro,—dice D. Pedro de Madrazo,—es la figura de Boabdil, por el talento con que el señor Pradilla ha sabido representar en ese infortunado Rey moro, de treinta y un años escasos, perfumado de estorace y algalia, la inferioridad en que la elegante molición asiática le constituye ante la poderosa hueste cristiana, sobria de placeres, aun hallándose dotado del valor caballeresco con que, a pesar de los enervadores deleites del Harem, le han visto los defensores de la Cruz arriesgar su vida en repetidos encuentros.»

D. Pedro Alcántara de Braganza.—Inútil creemos hacer la biografía de este ilustre Monarca; su recuerdo está presente en la memoria de todo el mundo, y su triste fin ha sido universalmente sentido.

Durante su reinado, el Imperio del Brasil ha gozado de paz y bienestar; las artes y las ciencias han florecido, y la industria y el comercio han prosperado.

D. Pedro de Alcántara era algo más que el Soberano de un dilatado Imperio; a sus dotes de hombre de gobierno reunía la erudición del sabio y una cultura artística y literaria excepcional; era individuo de diferentes Academias é Institutos docentes de las principales naciones de Europa y de América, en cuyos trabajos tomó una parte activa.

A su cadáver se le han tributado en Francia, España y Portugal honores imperiales.

Al hotel Bedford, de París, donde instalaron la cámara ardiente, acudieron las más importantes personalidades del Gobierno de la República francesa y del Cuerpo diplomático residente en París, depositando en el féretro preciosas y regias coronas.

En Río Janeiro, los comercios y grandes centros de contratación cerraron sus puertas en señal de luto tan pronto como se tuvo noticia de su muerte.

Los funerales que se celebraron en la Magdalena fueron suntuosos é imponentes. El cadáver estaba vestido con el uniforme de General en jefe de las armas brasileñas.

Terminadas las exequias, el cadáver del ex Emperador del Brasil fué trasladado a la estación en la estufa que sirvió en los funerales del Duque de Morny y de Mr. Thiers.

Detrás iban: un coche de respeto, enviado por el Presidente de la República francesa, Mr. Carnot; varios carros fúnebres cargados con las coronas, el General Brugere, los Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, los Ministros, los individuos del Cuerpo diplomático, miembros del Parlamento y del Instituto y otros muchos personajes.

A su paso por Madrid salieron a recibir los despojos a la estación del Norte el Jefe del Gobierno, Sr. Cánovas del Castillo, los Ministros de Estado, Gobernación y Guerra y la alta servidumbre del Real Palacio.

S. M. la Reina Regente envió una hermosísima corona, que fué depositada sobre el féretro.

En Portugal se reunieron los representantes de todos los Monarcas de Europa, y las exequias de D. Pedro Alcántara de Braganza han sido, en la capital del vecino reino, majestuosas y conmovedoras, pues todas las clases de la sociedad, y la colonia brasileña, han acudido espontáneamente a tributar este último homenaje a quien fué durante su vida espejo de caballeros y dechado de virtudes.

En nuestro segundo grabado de la séptima página, hallarán los lectores el retrato del augusto soberano, acompañado de sus hijos é nietos, a los cuales amaba entrañablemente.

El cadáver de D. Pedro ha sido depositado en el panteón de los Monarcas portugueses y junto a su esposa la Emperatriz Doña Teresa.

Dios le haya acogido en su seno.

CICERONE.

TEATROS

Ninguna novedad ha habido digna de atención durante la semana que acaba de transcurrir.

En *Apelo* siguen con *El mismo demonio*; en la *Zarzuela*, con *El Rey que robó*; en el *Español*, con *Don Alvaro*; en la *Princesa*, con *Paris fin de siglo*, y en el *Circo*, con *El cañón*, y ni se habla de estrenos ni de nada, en fin, que rompa esta monotonía teatral que impera.

Únicamente en *Eslava* se estrenó hace algunos días una quíscica titulada *La boda del inspector*, que durará poco tiempo en los carteles. El Sr. Navarro Gonzalvo, autor de la letra, pretendió hacer una obra; pero ¡ay! no logró más que hacer el armazón de una obra sin interés y casi sin gracia.

La música del maestro Mateos es original y bonita; el número que canta Sigler (por cierto muy bien) y el coro último son muy recomendables y se escuchan con gusto.

Y nada más. Ya se ha publicado el programa de los conciertos de esta temporada, que prometen ser cosa buena, y entre las obras nuevas que ejecutarán se cuenta una composición religiosa del maestro Chapí, de la cual tenemos las mejores noticias.

De esperar es que este año, como el anterior, los reputados profesores que dirige el maestro Mancinelli luzcan sus habilidades en la ejecución de las obras escogidas.

Probablemente cuando este número llegue a manos de nuestros lectores se habrá estrenado en Eslava un arreglo del francés, con música de Offenbach, titulado *Rataplan*, de cuyo éxito hablaré la semana próxima.

J. J. C.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

La sandía es a un tiempo lavatorio y refresco.

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 17.—Teléfono 651.